

vido. Su esposo había tramado una conspiración contra el emperador, conspiración que fué descubierta y él desterrado. Julia, que había heredado en un todo el carácter de su madre, fué pronto convicta de haber faltado á su marido, y se la desterró al islote Trínierus (hoy Tremiti) en la costa de la Apulia, donde permaneció durante veinte años, hasta su muerte. Acompañóla en su ruina uno de los amigos de la casa imperial, que era en aquella época el poeta favorito de Roma. El esplendor de la edad de oro de la literatura en tiempo de Augusto había cesado desde la muerte de Horacio y por otra parte, el interés del emperador y de la corte por el movimiento literario había concluido desde la muerte de Mecenas, existiendo solo un elegiaco en Roma, que era Publio



Estatua de Tiberio

Ovidio Nason, hijo de una familia acomodada. Era Ovidio de la clase de caballeros y vió la luz por vez primera el 20 de marzo del año 43 antes de J. C. Poeta inspirado é instruido y amigo de Propertio, levantó la parte técnica de la poesía romana á una altura que no había alcanzado hasta entonces. La composición, el idioma, la construcción de los versos y la armónica proporción de las poesías, su sonoridad y gracia, así como la ironía que generalmente dominaba en ellas, entusiasman á sus contemporáneos. En cambio el contenido de sus versos dejaba que desear respecto de la seriedad y moralidad del asunto y aun de la profundidad de los sentimientos. Escribió con grande aparato retórico las *Heroidas*, cartas de las heroínas de la antigüedad á sus maridos ó amantes; los *Amores*, pequeñas composiciones eróticas; el *Arte de amar*, y el *Remedio de amor*. Cuando se ocupaba en la composición de las *Metamorfosis*, reunión de las tradiciones mitológicas, y de los *Fastos* para la formación de un calendario, recibió el golpe inesperado que le abatió completamente. Sin que sepamos los motivos que tuvo Augusto para ello, al mismo tiempo que fué desterrada la princesa Julia, lo fué Ovidio por mandato del emperador, que no le tenía ya mucha voluntad desde la publicación de su *Arte de amar*. En diciembre del año 9 se le comunicó la orden de destierro perpetuo, y fué á residir á la ciudad de Tomi, á orillas del mar Negro, donde á pesar de todas las súplicas que dirigió en sus

poemas *Tristes* y *De Ponto*, permaneció hasta su muerte, acaecida en la segunda mitad del año 17.

Mientras en la corte pasaban estos sucesos poco agradables, el príncipe Tiberio fué bastante afortunado para llevar á cabo hechos de guerra muy provechosos para el imperio. Durante su residencia en Rodas, los asuntos de la Germania tomaron mal carácter para los romanos. Entre el Rhin y el Elba estaba todo tranquilo, pues la civilización romana, el comercio, la amistad de los principales caudillos con los romanos, el servir muchos de los jóvenes germanos en la guardia germánica de Roma ó en las tropas auxiliares, habían ido estableciendo, lenta pero seguramente, nuevos puntos de unión entre las razas del Norte y el poderoso imperio del Sur. Pero en cambio, por el lado de los Alpes italianos y por la parte de la Panonia atravesada por el Danubio, se habían formado de un modo rápido é inesperado nubes amenazadoras. La victoria de Druso sobre los marcomanos había abatido profundamente aquella raza. Entonces puso á su frente como duque al más activo de sus guerreros, á Marobodo, el cual fué el primero que mostró á los romanos de un modo sensible que los «bárbaros» germánicos eran susceptibles de instrucción, y que era peligroso para Roma, el que jóvenes instruidos de aquella raza hubiesen militado bajo las águilas romanas. Hijo de una familia noble, de arrogante presencia y espíritu vasto y sagaz, de carácter dominante y comprensión extraordinaria, había ido en su juventud á Roma para entrar al servicio del emperador, el cual le había distinguido personalmente. Allí tuvo ocasión de aprender prácticamente la importancia del arte militar, de la táctica, y el poder y las ventajas de la disciplina romana. Comprendió además la importancia de la organización monárquica, que ponía las fuerzas de un pueblo á disposición de una voluntad. Cuando la elección de su raza le colocó en el primer lugar (año 8 antes de J. C.), convenció Marobodo á sus marcomanos de que solo podían resistir á los romanos luchando con las mismas armas, y los condujo desde el valle del Mein á la Bohemia, donde convirtió á Marobudum ó Marobodunum en centro del reino fundado por él. Su situación personal era la de un rey, aunque continuaron subsistiendo las asambleas del pueblo y de la nobleza y la justicia en manos de los jueces elegidos. Para el régimen interior substituyó Marobodo con la astucia y la fuerza lo que le faltaba en derecho, y apoyó su poder con la organización de un grande ejército que maniobraba con mucho mayor orden del acostumbrado hasta entonces entre los guerreros germanos, y que en parte estaba armado é instruido á imitación de los romanos. Marobodo fué el héroe admirado por todas las tribus germánicas y considerado como el defensor natural de los germanos contra los romanos, que le observaban con gran recelo.

Augusto veía con desagrado que Marobodo, á pesar de tratar con gran consideración á los romanos y de estar en buenas relaciones con la corte de Roma, se considerase igual al emperador. No temía solo que la resistencia de los germanos situados entre el Rhin y el Elba, recibiera poderosos refuerzos del reino bohemio, sino que fiel á la política que Roma siguió hasta el siglo III, creía que no debía existir ningún poder militar de consideración en las fronteras de Roma.

En un principio trató solo Augusto de vigilar los pasos de Marobodo. Su legado en las Galias, nombrado el año 6, L. Domicio Enoharbo, recibió el encargo de vigilarle desde la Retia. Cuando Domicio vió que los hermanduros se hallaban poco dispuestos á reconocer la supremacía de Marobodo, y cuando la parte de ellos que habitaba entre el Elba y el Saale tuvo que abandonar su residencia ante los

ataques de aquel jefe, les tomó el legado bajo su protección y les dió para su residencia el valle del Mein, que habían abandonado los marcomanos, extendiendo así la influencia de Roma hasta los bosques de la Turingia y el Voigtland. Apoyado en esta alianza avanzó el año 2 antes de J. C. al través de la Germania meridional hácia el Elba del centro para llegar á Havel. Precisamente este paso de los romanos decidió á los senones y á los longobardos á buscar su seguridad en Marobodo.

Domicio, que el año 1 antes de J. C. volvió á mandar en el Rhin, estableció un camino practicable que iba de Vetera hácia el Ems del centro, pero el ningún resultado de una expedición que intentó contra los cheruscos, establecidos en el lugar que habían ocupado los sicambros, comprometió de tal manera el prestigio de Roma que solo un nuevo legado pudo restablecer la situación el año 3. Era este el excelente general Cayo Sentio Saturnino, hombre de vigor, carácter y actividad asombrosos y que entendía como ningún otro romano la manera de atraerse los germanos.

Hizo por fin las paces Augusto con Tiberio, y entonces decidió concluir de una vez con Marobodo, que disponía entonces de un ejército de 70,000 infantes y 4,000 caballos y que con facilidad podía disponer de muchos otros miles de guerreros germanos. Con una fina diplomacia, que debía engañar completamente al rey de los marcomanos, el cual á pesar de su perspicacia nunca llegó á comprender lo que respecto de él tramaban los romanos, decidieron estos intentar una gran expedición de las legiones hácia el bajo Elba. El objeto era apoderarse de la Germania occidental, pues si en esta ocasión Marobodo permanecía neutral, perdería el prestigio que tenía como único defensor de las libertades germánicas. Y así sucedió. Tiberio, que en el verano del año 4 se presentó como general en jefe en el Rhin, dispuso que Sentio se dirigiera contra los catos, mientras él por su parte dispersaba por medio de sus legiones todos los elementos inquietos situados entre el Lippe y Osning, atravesaba el Wesser y obligaba á los cheruscos del Este á entrar en la clientela de Roma, fijando entonces sus cuarteles de invierno en Aliso. En el año 5, mientras Augusto hacía los preparativos de la gran guerra contra los marcomanos, creando nuevas legiones y reteniendo cuatro años más en el servicio á los veteranos, Tiberio acompañado de guerreros cheruscos hizo una marcha triunfal al través de la baja Germania hasta Hamburgo, arrojando á los longobardos al otro lado del Elba, mientras que buques romanos seguían la costa del Norte hasta Jutlandia y hacían flotar la bandera del emperador en el Categatt.

Hecha esta imponente manifestación debía darse el golpe de muerte contra el reino de Marobodo. Tiberio, á quien el legado de la Iliria, Valerio Mesalino, había llevado seis legiones de la Dalmacia y la Panonia, escogió á Carnuntum como base de sus operaciones, y saliendo de allí en la primavera del año 6, se dirigió al Danubio, atravesó el río y estableció al otro lado un campamento fortificado, marchando después hácia la Bohemia y la capital de Marobodo. Al mismo tiempo había salido Sentio Saturnino de Maguncia con seis legiones, y con la ayuda de los hermanduros se abrió paso con el hacha y el fuego al través de los bosques de aquel territorio para llegar asimismo á la Bohemia. Tan cerca estaban ya las dos divisiones romanas que esperaban recorrer en el espacio de cinco días las quince ó veinte leguas que las separaban y reunirse ante el campamento de Marobodo. Parecía indudable que los 150,000 romanos que se hallaban entonces en la Bohemia iban á destrozar al ejército de los marcomanos, cuando les llegó la noticia de que la Panonia y la Dalmacia estaban en plena sublevación.

Desde el año 9 antes de J. C. había empezado á crecer una nueva y vigorosa juventud en Dalmacia y Panonia. Bajo el peso de la administración romana y de las gravosas contribuciones por ella impuestas, varios caudillos, especialmente los dálmatas Pinnes y Bato y el panonio Bato, trataron de levantarse nuevamente contra Roma contando para ello con la nueva generación. Cuando Tiberio sacó del país la mayor parte de las tropas para dirigir las á Carnuntum, intentaron los habitantes impedir la marcha de los jóvenes reclutados para las tropas auxiliares y aquella fué la chispa que produjo un vivo incendio. Empezó el movimiento en la Dalmacia, pero en seguida se extendió á las dos provincias. La población civil italiana fué asesinada y pequeñas divisiones de tropas romanas fueron completamente dispersadas. Pronto contaron los sublevados con 800,000 hombres, de los cuales 200,000 de á pie y 9,000 de á caballo contaban con armas. Todo el país comprendido entre Neusiedler y los Balkanes, desde el Montenegro hasta el Danubio dacio, quedó perdido para los romanos, y solo pocas fortalezas, como Siscia y Sirmium, resistieron el embate, quedando como islotes en medio de la inundación. Si bien en el Este el valiente legado A. Cecina Severo resistió con ayuda de refuerzos procedentes de la Tracia, en cambio los insurrectos invadieron completamente la Macedonia y sus corsarios saquearon la costa del Adriático hasta Apolonia, acumulándose ya las nubes que debían llevar la tempestad á Italia.

La península entera temblaba ante el peligro, parecía que habían vuelto los tiempos de Aníbal; y Augusto tuvo que convencerse de que el ejército que había organizado para la guerra germánica no servía para el fin que se había propuesto. Apresuróse á reunir todas las guarniciones y á buscar los recursos necesarios para sacar nuevos reclutas, de los veteranos, de los marinos y aun de los libertos, para formar nuevas legiones.

Pero todo podía perderse antes de que se hubieran reunido nuevos medios de defensa si Tiberio no podía contrarrestar el movimiento. El poco tino político de Marobodo salvó la situación. Tiberio se decidió á pasar por la humillación de ofrecer la paz á los «bárbaros», y Marobodo, sin pensar en los dálmatas y en los panonios, ni en la libertad de los germanos, á quienes á tan poca costa podía salvar entonces, sin conocer que la fría política romana les haría pagar después la humillación presente, se apresuró á firmar la paz, lleno de orgullo porque el hijo del emperador le trataba como un igual.

Tiberio pudo entonces obrar con libertad contra los sublevados. Dirigióse pues hácia el Sur con todo su ejército, al cual se había unido una gran parte de las legiones del Rhin, y emprendió con método la guerra dálmato-panónica. El valor, la instrucción militar y el número de los sublevados dieron mucho que hacer á los romanos para sofocar el movimiento, con tanto mayor motivo cuanto que los panonios se aliaron con los sármatas, obligando á proteger el bajo Danubio á las tropas auxiliares de la Tracia. Solo con grandes pérdidas pudo Valerio Mesalino derrotar en Panonia al dálmata Bato, pero nada pudo contra las tropas reunidas de los dos jefes, situadas en los poblados montes de Almas.

A fines del año 6 reunióse nuevamente Tiberio con Mesalino y juntos fijaron sus cuarteles de invierno en Liscies, haciendo desde allí correrías para asolar el país. En el verano del mismo año, Cecina y Germánico le llevaron nuevas tropas, teniendo entonces Tiberio bajo sus órdenes quince legiones. Contando con diez mil veteranos y las numerosas tropas auxiliares, entre ellas muchos germanos, podía disponer contra los sublevados de ciento ochenta mil soldados de todas armas. Parte por medio de negociaciones y parte por

la fuerza de las armas capitularon el año 8 en Ratinus los ejércitos de los príncipes Bato y Pinnes.

La Panonia estaba pacificada, pero el triunfo se había pagado muy caro, pues aunque no conocemos las pérdidas en hombres y en dinero que ocasionó aquella guerra, es una verdad que el emperador se vió obligado á subir el número de las legiones de diez y ocho á veintiseis, con los correspondientes auxiliares, y aumentar de un modo permanente los gastos para el ejército, por lo que siguió rigiendo el impuesto sobre las herencias, que se adoptó el año 6 en los momentos de mayor peligro.

Este había pasado ya, y el pueblo respiraba de nuevo y celebraba el triunfo de Tiberio y de Germánico. Sin embargo, el curso de los sucesos en Roma presentaba un aspecto triste, la generacion que había saludado con júbilo el restablecimiento de la paz y la fundacion del principado había bajado al sepulcro, y la nueva, que había nacido con el imperio, se mostraba aburrida ó trataba con frialdad al emperador, que cada dia se volvía mas severo, persiguiendo tenazmente los pasquines y libelos contra su persona. Así en el año 8 hizo condenar por el tribunal del Senado al célebre orador Casio Severo, escritor republicano, hombre de oposicion literaria, sistemático contra el principado y que se había distinguido por sus escritos contra romanos y romanas de alta posicion. Severo fué desterrado á Creta y se prohibieron sus escritos. Poco tiempo antes había acordado el mismo Senado la destruccion de la historia del escritor Tito Labieno por estar escrita en sentido republicano pompeyano.

Las nuevas provincias germanas parecían seguir buena marcha y la administracion del legado Sentio daba su fruto. Casi todas las legiones del Rhin habían podido dirigirse á la Panonia. Desde el año 7 existían solo cinco legiones en la línea del Rhin, de ellas tres creadas cuando la sublevacion de los panonios. En el verano del mismo año dirigió Sentio á la Panonia, acompañado de muchos guerreros de la Germania del Norte, especialmente auxiliares cheruscos, entre ellos los gallardos hijos del caudillo Segimero, Flavo y Arminio. Entre los cheruscos, el tío de Arminio, Ingomaro, parecía muy amigo de los romanos, pero su principal partidario era el anciano caudillo Segesto, gigantesco guerrero, tan convencido del invencible poder de Roma que tenía por una locura el hacer resistencia á sus legiones y en cambio le parecía tan necesario como prudente el estar unido con los romanos. El emperador le había concedido el derecho de ciudadano romano, y su hijo Segismundo era sacerdote en el templo de Augusto erigido en Colonia. Creyó entonces el emperador que podía no solo sustituir á Sentio por un legado que hacía años solo había lucido su espada en las paradas y revistas, sino también introducir inmediatamente en los cantones germánicos la especie de administracion acostumbrada de los romanos. El general encargado de reemplazar á Sentio y resolver este grave problema fué Publio Quintilio Varo, casado con una hija de la princesa Octavia, habida en su primer matrimonio con Marcelo, y cuyo hijo, que como Sentio había administrado antes la Siria, estaba destinado á casarse con una hija de Germánico. Su sobrino Lucio Nonio Asprenate le acompañaba como segundo jefe.

La obra de Varo parecía que debía realizarse, pues todas las noticias que enviaba á Roma eran mas favorables de lo que se podía esperar. Por su parte, los príncipes Tiberio y Germánico lograron destruir las últimas fuerzas de los dalmatas el año 9, rindiéndose el príncipe Bato. Se trataba ya de organizar la Dalmacia y la Panonia como provincias independientes, aquella con Salone, esta con Pettau por capital, y Roma se hallaba tan satisfecha que trataba de celebrar la victoria con grandes fiestas, cuando á los cinco

días de estar de regreso Germánico llegó un mensaje que dejó asombrados á los romanos. «Varo ha muerto. Todo el ejército del bajo Rhin ha sido destruido en los bosques y pantanos de Teutoburgo.» La noticia no era exagerada: Augusto había cometido dos yerros, uno en querer someter antes de tiempo á los germanos al férreo yugo de provincia romana, y otro en la eleccion de su legado. Se necesitaba aun mucho tiempo de un gobierno como el de Sentio para asimilar á los orgullosos germanos á la manera de ser de los súbditos de Roma. Varo, que tomó sobre sí esta tarea en un país donde todo dependía principalmente del influjo personal del gobernante, no tenía las cualidades necesarias para imponerse á los guerreros germanos. En lugar de considerar las circunstancias y estudiar su posicion, no pensó mas que en llevar á cabo inmediatamente los deseos del emperador. Hombre de cortos alcances, muy poco conocedor de sus semejantes, terco y orgulloso, le faltaba como á la mayor parte de los romanos de su tiempo y de los posteriores, capacidad bastante para comprender el carácter peculiarísimo de los germanos, y sobre todo de las razas con las cuales tenía que habérselas. Quiso tratar á los germanos como había tratado á los sirios, ya de antiguo acostumbrados á la servidumbre.

Así cuando desde la nueva capital, Aliso, comenzó á introducir la contribucion y la jurisdiccion romanas en el país, los germanos llegaron á comprender lo que significaba para un pueblo libre el ser convertido en provincia romana. El descontento fué aumentándose lentamente, pero al fin llegó á su colmo, y solo se esperaba que hubiera quien se pusiera al frente del movimiento y en un caso dado pudiera conducir con probabilidades de éxito las masas guerreras de aquel pueblo contra las tres legiones con que Varo vigilaba las provincias desde Aliso.

El jefe que les hacía falta presentóse á los germanos á fines del año 8, y procedía precisamente del número de aquellos príncipes que hasta entonces habían puesto su brazo al servicio de Roma. Se repetía pues por segunda vez, y esta con peores resultados para los romanos, el experimento que se había verificado con Marobodo. El nuevo adversario, el primer grande hombre de la nacion germánica, era un enemigo como el imperio no lo había tenido desde los tiempos de Aníbal. El cherusco Arminio iba un siglo adelantado á sus contemporáneos los germanos en ciencia militar y política. Nació el 17 ó 16 antes de J. C., y había regresado de la guerra panonio-dálmata con el derecho de ciudadano romano y con la categoría de caballero en premio de sus servicios á la casa imperial. Pero cuando tuvo que decidirse entre su fidelidad á Roma y sus deberes con su pueblo, decidióse en aquel conflicto con gran energía por la libertad nacional, siendo desde entonces para los romanos un adversario decidido y mucho mas temible que el rey Marobodo.

La importancia personal de Arminio y su situacion en el ejército romano le facilitaron el adquirir la completa confianza del legado imperial, mientras que por otra parte, excepto dos ó tres, todos los caudillos germanos se pusieron bajo sus órdenes al saber sus intenciones.

Arminio no solo había logrado que Varo se separara de varias secciones de su ejército, especialmente de tropas auxiliares, sino que le indujo á establecer sus cuarteles de verano en el interior del país de los cheruscos. Al terminar el verano en Germania había unido Arminio á los cheruscos con los catos, los restos de los sicambros y los margos en una estrecha alianza, y todos estos pueblos esperaban solo la señal que debía dar el príncipe para su levantamiento. Finalmente, cuando empezaron los días lluviosos del otoño, iniciaron los catos el movimiento, que debió presentarse

muy amenazador. Varo decidió sofocarlo inmediatamente y pidió á los príncipes germanos que le mandaran refuerzos para ayudarlo en la campaña. Arminio había logrado sus propósitos, pues á pesar de que Segesto por fidelidad á los romanos ó por celos del joven príncipe explicó la situacion á Varo y le dió los medios de anular la sublevacion, el orgullo y la inteligencia limitada del legado despreciaron las advertencias del jefe germano y emprendió la marcha.

Para llegar mas pronto á Aliso y dejar allí las mujeres y la impedimenta, dejóse convencer Varo y tomó un atajo en vez de seguir la via militar. Perdido entre los bosques y perseguido por la lluvia y por violenta tempestad, vióse atacado de repente el día 9 de setiembre por grandes masas de germanos. Teniendo que combatir á la vez con el mal estado del camino, con los bosques impenetrables, el viento y la lluvia, sufrieron los romanos terribles pérdidas, hasta que llegaron á un punto donde pudieron rehacerse un poco. Allí se notó la falta de conocimientos de Varo, y como ningún oficial de su estado mayor pudo sustituirlo, porque las tres legiones que llevaba no habían hecho aun la guerra en Germania, lo único que decidieron fué emprender el camino mas corto para llegar á la via militar de Aliso. El día 12 de setiembre, cuando se hallaban ya á poca distancia de Aliso, atacados por todas las fuerzas de los germanos, fueron derrotados de tal manera que Varo y otros oficiales de alta graduacion se dieron la muerte, y el combate no cesó hasta que no quedaron víctimas que inmolar. Un ejército compuesto de 27,000 hombres quedó completamente destruido.

En los primeros momentos despues de haber recibido la noticia, Augusto y el pueblo romano temieron una nueva invasion cimbrica, el levantamiento de los celtas y la marcha de las columnas marcomanas sobre Italia. Augusto hizo desarmar á su guardia germánica y conducirla á las islas de la costa, expulsó de Roma á todos los celtas y germanos, reclutó en la capital y en Italia nuevas tropas y ofreció á Júpiter fiestas y sacrificios para que tomase bajo su proteccion la fortuna y la salud del Estado. Pero pronto vió que sus temores eran infundados, sabiendo que el general Asprenate, habiendo recogido la guarnicion de Aliso, que se había abierto paso al través del enemigo, había logrado proteger eficazmente la línea del Rhin. Los pueblos de la costa de la Baja Germania y los hermanduros no se unieron á los sublevados cheruscos. El rey Marobodo, que estaba entonces en Bohemia y á quien Arminio mandó la cabeza de Varo, no quiso tampoco tomar parte en aquellos hechos y mandó la cabeza á Roma para que la embalsamaran. Entre todos los germanos del Norte, Arminio fué quizás el único que tuvo el atrevido pensamiento de atravesar el Rhin proclamando la libertad. Las tribus alemanas, sobre las que solo mandaba hasta donde lo permitian sus propios jefes, se dispersaron despues de la victoria y regresaron á sus pueblos. A pesar de esto, la batalla del bosque de Lippis puso término á las conquistas de los romanos en Germania. El orgulloso edificio de la dominacion romana en Germania, el resultado del incommensurable trabajo de veintidos años había quedado destruido para siempre.

En realidad, la pérdida de hombres fué mucho menor que en Canas, pero el imperio moralmente sufrió muchísimo en la guerra de la Panonia y en Italia; no existían ya el espíritu militar y el patriotismo con que los contemporáneos de los Escipiones y aun los de Sila y Mario habían soporado heroicamente pérdidas mayores que aquella. La batalla del bosque de Lippis puso en conocimiento del mundo antiguo que la raza histórica de los romanos había encontrado sus futuros vencedores en la joven y robusta raza germana.

Augusto tuvo que convencerse de que su plan de sobrepasar los hechos de César en la Galia se había frustrado; y encontrándose sin la energía suficiente para volver á empeñar la lucha, trató solo de conservar la defensiva en la línea del Rhin. Creó aun dos nuevas legiones, por lo cual desde aquella época el ejército contó con 25 legiones (en conjunto de 300 á 400,000 hombres), número que no traspasó en mucho tiempo. Tiberio, á quien el año 9 se dió el poder tribunicio para toda la vida, tomó de nuevo el mando del Rhin, á donde llegó en la primavera del año 10 acompañado de las antiguas legiones romanas y de las nuevamente creadas y se ocupó en fortificar aquella línea, ayudado de generales tan experimentados como L. Estertinio, A. Cecina Severo y Cayo Silio Cecina. El año 11, acompañado de Germánico, hizo pasar sus tropas á la orilla derecha del Rhin, estableciendo allí una cadena de fortificaciones que protegidas por castillos en las entradas de los valles y en los cruces de los caminos seguían paralelamente y algunas leguas al Este el curso del río, convirtiendo una parte de la orilla derecha en avanzadas del territorio romano. El detalle de estas obras, que despues se aumentaron y completaron, no se conoce completamente; pero en los alrededores de Neuwied, al Oeste de la ciudad, frente á Andernach, existe el castillo de Niederbiber, el mayor que se conoce por aquellos alrededores, y al Este y Oeste del mismo castillo, cerca de Rengsdorf, al Sur del bosque Wester y al Este y Sudeste de Linz se ven grandes restos de aquellas fortificaciones, y también se encuentran mucho mas al Norte en los alrededores de Duisburg. En el año 12 regresaron ambos príncipes á Roma y el año 13 recibió Germánico el mando de las Galias y del Rhin con el encargo de restablecer el honor de las armas romanas y hacer una guerra de venganza contra los vencedores de Varo.

Pero este hecho no debía verificarse hasta despues de la muerte de Augusto. La fuerza vital del anciano emperador había ido extinguiéndose y poco á poco había ido cediendo sus atribuciones á Tiberio, á quien el año 13 dió el poder proconsular secundario en las provincias, de acuerdo con el Senado y el pueblo. En el verano del año 14 levantó el monumento Anciranum, que debía servir á la posteridad como fuente para escribir la historia del primer emperador.

Tiberio debía emprender un viaje de inspeccion á la Iliria y el emperador le acompañó de Brindisi á Benevento; pero al regreso empeoró una enfermedad que le había atacado ya en Astura ó Nápoles, de modo que en Nola tuvo que permanecer en el lecho. Acudió en seguida Livia y mandó mensajeros á Tiberio para que regresase cerca del emperador, el cual murió el 19 de agosto del año 14. El pueblo del vasto imperio recibió al mismo tiempo la noticia de que Augusto había sido colocado entre los dioses y la de que Tiberio había tomado las riendas del Estado.

CAPITULO III

LA DINASTIA JULIO-CLAUDIA

La muerte de Augusto fué un suceso de suma gravedad en la historia del principado. Por primera vez desde la fundacion de la diarquía se hallaba vacante el cargo de príncipe, y á pesar de que el principado debía ser un alto empleo y no una monarquía, se había empezado á establecer con fuerza y energía una dinastía verdadera. Para la historia del pueblo romano fué muy perjudicial que solo despues de tres siglos cesaran por completo los últimos restos de las instituciones republicanas. Si por una parte mientras el príncipe no se consideró como un monarca no pudo ocurrírsele á ningún